

Más de lo mismo

El misterio sobre los orígenes del ser humano ha sido, sin duda, uno de los grandes motores de la investigación. Pero no sólo eso, también el saber cómo se formó el universo, nuestro mundo e, incluso, nuestra propia cultura es algo que nos une, en general, a la humanidad, sea como pueblos o como meros individuos, ya que, desde nuestra más tierna infancia, solemos machacar a preguntas a nuestros progenitores, tratando de que nos aclaren algo sobre lo que hacemos aquí y por qué hemos venido, intentando hallar un cier-

el futuro. Así, un origen en una causa creadora divina nos permite pensar en un presente y en un futuro en el que dicha influencia continuará siendo básica, mientras que un origen natural nos permitirá creer que el futuro –próximo o lejano– estará regido por sus leyes.

Sin embargo, en el presente, tras la caída de un cierto sentimiento religioso cristiano clásico en muchas personas, vemos cómo hay una búsqueda de una cierta transcendencia *mística* en el pasado, con saberes sólo para iniciados, con la construc-

como los humanos –pero con un toque de superioridad o divinidad–, que precedieron a las conocidas en miles de años en su dominio de la Tierra, surge de la necesidad de llenar ese vacío y que sean los misteriosos seres representantes de dichas culturas los que hayan legado a los hombres un mensaje salvador, que nos redimirá de nuestros pecados y problemas.

Creer que el ser humano evolucionó solo, como el resto de bichos, y que el surgimiento de las diferentes formaciones sociales fue un proceso lento, aunque ra-



Archivo ARP

La esfinge de Gizeh, con la gran pirámide al fondo.

to sentido a nuestra estancia en este mundo.

Esa curiosidad, y la dificultad de dar respuesta a las preguntas planteadas, tengo la impresión de que ha sido, en gran parte, uno de los motores del sentimiento religioso, así como del interés por la historia y la arqueología, ya que muchos suponen que conocer el pasado nos puede aportar datos para prever

ción de nuevos mitos acerca de los orígenes, que nos permitan entender mejor el presente, uniendo una cierta mentalidad religiosa –mal entendida– con una mentalidad científica –aún peor conocida–.

Creo que la moda, desde hace veinte años, de mitos sobre astronautas en la antigüedad o sobre misteriosas culturas formadas por seres que podían ser

cional, parece ser un esfuerzo excesivo para mucha gente que no se conforma con una realidad tan poco *estimulante* y que, ante la parquedad de evidencias, no duda en inventarlas o tergiversarlas –con o sin intención–.

Pero este proceso de creación de seres mitad dioses y mitad hombres no es un proceso nuevo, sino que siempre ha existido. En muchas mitologías y re-

ligiones, como la cristiana, la presencia de un mediador siempre ha sido un elemento importante. ¿Quién no recuerda las historias de esos héroes griegos, semidioses, arrancando –de grado o con astucias– sus misterios civilizadores a los moradores del Olimpo para acercárnoslos a los terrestres?

Héroes civilizadores que, en un momento pasado, mítico, enseñaron a unos primitivos seres humanos la capacidad de cultivar la tierra, domesticar animales, la cerámica, la metalurgia. No sólo eso, en ocasiones, esos héroes procedían de un mundo previo, también mítico, de una antigua *edad de oro* en la que el hombre había tenido unas cualidades muy superiores a las actuales. Historias preciosas que se pueden rastrear en la mayoría de culturas, y que solían atribuir a dichos grandes hombres, surgidos de doradas épocas previas, la construcción de grandes monumentos en el pasado, dado que los hombres normales –y menos los antepasados cercanos– no podían ser capaces de hacer determinadas obras que el tiempo había respetado, como los megalitos –Stonehenge es un buen ejemplo– o las pirámides.

El estudio de estas últimas, tan antiguas y notables desde siempre, provoca una normal admiración en todos los que han tratado de adentrarse en sus misterios, habiendo explicaciones sobre su origen desde siempre. Sin embargo, ya en la antigüedad, la normalidad en el tratamiento de las mismas era más la norma que la excepción, y tal parecen demostrar los tratados de autores como Herodoto

o Diodoro.

Extravagantes sinrazones

No fue, sin embargo, hasta el siglo pasado, cuando las primeras expediciones arqueológicas en Oriente Próximo y en el norte de África sacaron a la luz una serie de ciudades perdidas y culturas de las que tan sólo se tenía algún recuerdo, cuando la *paraarqueología* empezó a fantasear, especialmente en lo que se refiere a la egiptología, todo ello unido al nacimiento de ciertos grupos secretos, dentro del roman-

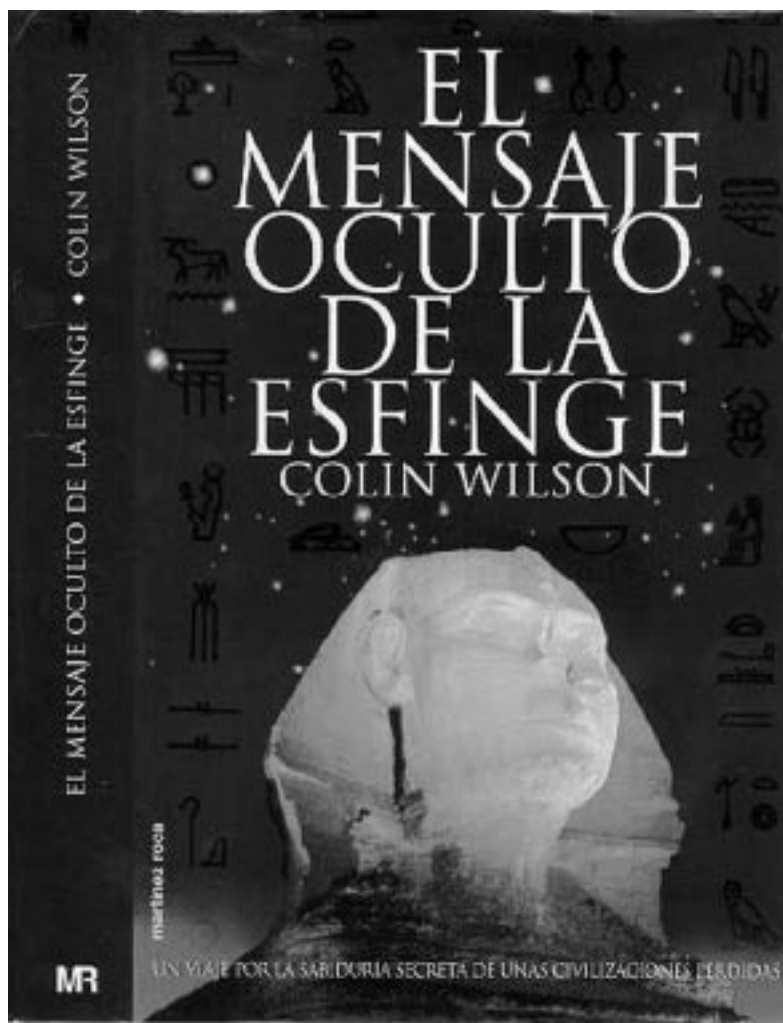
que sólo para algunos poco informados.

Entre estos *algunos*, está Colin Wilson, autor de *El mensaje oculto de la esfinge*, que cree que en la esfinge egipcia, que se alza, monumental, junto a las pirámides en Gizeh, están las evidencias que nos hablan acerca de una supuesta civilización pre-egipcia. Dicha cultura, que el autor llama *atlántida*, pese a que dicho nombre, según él, no tiene porque ser el correcto, estaba dotada de unas capacidades mucho más allá de las del hombre actual, lo que le permitía, entre otras cosas, gracias a poderes que ahora llamaríamos

paranormales –pese a que a Wilson tampoco le encanta esta palabra–, desplazar fácilmente, sin ayuda de máquinas ni instrumental, los bloques de piedra de más de 200 toneladas necesarios para la construcción de la gran esfinge. Ellos también fueron la fuente de los conocimientos sobre astronomía, geometría, arquitectura, etcétera, de todos los pueblos de la antigüedad, desde los egipcios hasta los mayas o los olmecas –culturas separadas no sólo por la geografía, sino por un par o más de miles de años si contamos desde sus inicios–.

Este mundo anterior al egipcio, según Wilson, vivía en un estado de conciencia colectiva, que anidaba en el hemisferio derecho del cerebro. Luego, dicha mente cayó a un tipo de conciencia especial, en el cerebro izquierdo, que si bien no es

del todo negativa, ya que ha impulsado nuestra lógica y capacidad de raciocinio –no en todos, como se observa al leer este libro–, sí que nos ha provocado una visión en *túnel*, unidireccional, que precisa de fuertes estímulos constante-



Wilson, Colin [1997]: *El mensaje oculto de la esfinge* [From *Atlantis to the Sphinx*]. Trad. de Jordi Beltrán. Revisión y adaptación de Javier Sierra. Ediciones Martínez Roca (Col. "Enigmas"). Barcelona. 344 páginas.

ticismo.

Pese al avance del conocimiento acerca del pasado, que gracias a la mejora de las técnicas de investigación ha hecho que muchas dudas se vayan desvaneciendo, sinrazones extravagantes siguen persistiendo, aun-

mente. El ser humano, al evolucionar (?), en algún momento del tercer milenio antes del nacimiento de Cristo, tuvo que dejar la mente colectiva de nuestros antepasados para pasar a la actual, con grandes ventajas, pero limitada e individual, así como más penosa y agotadora. Es la conciencia del cerebro izquierdo.

Wilson parte de una serie de evidencias, la mayor parte de ellas misteriosas, difíciles de verificar y publicadas en oscuros libros, que él suele citar casi como malditos (así como, de vez en cuando, señala el pavor –no sin razón– de algunos de los autores de las teorías en las que se basa, como Hanckok, por ejemplo, de ser tenidos como chiflados).

Las evidencias y datos que aporta suelen no serlo en realidad cuando uno conoce algo mejor que el autor el tema del que se trata –no es difícil–, y, así, errores de bulto se suceden sin fin. Hacer una cuenta de las inexactitudes que se entremezclan en *El mensaje oculto de la esfinge* precisaría de un esfuerzo superior al que este crítico se ve capaz de acometer. Así, el autor señala, con toda naturalidad, que una de las causas de la evolución es tener una meta, y que la necesidad de preservar el fuego por los neandertales fue la causa de la explosión del cerebro y de su desarrollo posterior en nuestra dirección.

Por otra parte, usa una terminología para hablar de la cadena evolutiva humana, así como en el momento de establecer filiaciones entre el hombre actual, el de Neandertal y el hombre de Pekín, que ya estaban muy superadas en la época de redacción del libro y que revelan la inexactitud de sus fuentes, al tiempo que invalida las hipótesis surgidas de ellas. Y remata la faena cuando indica que “me inclino a creer que éste fue el motivo de que el hombre de Cromañón se convirtiera en el fundador de la civilización. Su dominio de la magia le daba un sentido de optimismo, de tener una meta, de control, como ningún animal había poseído antes”. Nos encontramos, de nuevo, con una visión acientífica de nuestros orígenes, atribuyendo a causas espirituales lo que es un proceso evolutivo normal, igual al de los rumiantes o al de los grillos.

Para Wilson, el verdadero estímulo de la evolución fue el conocimiento. La explosión del cerebro debió ser fruto de la intervención de una *tercera fuerza*. Según el autor, el origen de dicha fuerza fue “posiblemente la explosión de un meteoro, aunque es más probable que fuera el crecimiento del lenguaje, de la religión y de las actitudes sexuales”, amén del descubrimiento, por parte de los cromañones, de la magia cinegética. Es decir, Wilson hace gala de un cierto conocimiento de una terminología científica ya en desuso para impresionar al lector, aunque tras su terminología no haya más que el vacío más absoluto, y así llega, como puede, al final de su libro sustentando la hipótesis que al principio he comentado.

Pero no sólo es eso. Su desconocimiento, profundo, de la astronomía a simple vista le hace preguntarse cómo se podía conocer en la antigüedad con precisión el Norte geográfico. La creencia, de nuevo, en que los hombres de hace 20.000 años –e incluso los que viven en las llamadas *culturas primitivas*– son proto-hombres es la misma que en la antigüedad. Los hombres, hace 10.000 años, eran exactamente como nosotros, y para ellos determinar el Norte geográfico era tan sencillo como para nosotros si nos fijamos en el eje de rotación de las estrellas cualquier noche. El conocimiento astronómico de mayas y egipcios no tiene nada de sobrenatural, aunque sí de esfuerzo meritorio en la investigación y comprobación de datos, así como en la transmisión de conocimientos sobre los movimientos de los objetos celestes.

Wilson junta materiales ya explicados racionalmente, pero no cita la explicación lógica, sólo la *misteriosa* –un caso claro sería el de los dogones y su conocimiento de la existencia de Sirio B en torno a Sirio A–. Un lector poco experto lo que hace es suponer que el autor debe saber de qué habla, que, aunque en algún dato se equivoque, todo no puede estar mal. Pues sí, lo está, al menos todo lo que conozco, y lo que no está mal está poco claro, y se nota que Wilson lo usa aunque no lo entiende. Por ejemplo, en el caso de todas sus referencias a los conocimientos

astronómicos de los pueblos de la antigüedad o la alineación de monumentos.

Hace etimologías silvestres, al asociar palabras únicas en idiomas diferentes para indicar parentesco entre éstos, lo que me recordó cuando hace años, ya muchos, en una clase de griego, un compañero preguntó al profesor si el nombre del río Potomac (en EE UU) procedía de la palabra griega *potamós* (río). ¡Incluso se pregunta si puede ser casualidad que una lengua sencilla, como la aymara, se pueda traducir tan bien al lenguaje informático y sea hablada alrededor de Tiahuanaco! ¿Y sus opiniones sobre las tesis de Velikovsky y Hörbiger? Habla del radio polar y del año solar, y da unas cifras que, tomadas como se tomen, ni se aproximan a la cifra real. Hay más *perlas*; pero ya no me queda cuenta ni ganas de contar.

La aproximación de Wilson al mundo egipcio, a las pirámides, a la esfinge, no va más allá de lo expuesto y debatido millones de veces por otros autores, sólo que en esta ocasión los responsables no llegaron del espacio, sino que fue una civilización previa. Hablar, a estas alturas, de lo maravilloso de las medidas de una pirámide o de la esfinge de Gizeh, y dar como increíbles datos normales cuando uno analiza la geometría de este tipo de figuras, ya resulta cansado. Sin embargo, puede ser útil recordar una cosa, y es que a mí, como arqueólogo –y científico–, me sería igual si las pirámides las hubieran hecho egipcios, marciaños, atlantes o agrimensores finlandeses. Lo importante es que el método que se use para conseguir dichos datos sea el científico, que las evidencias sean razonables, y que el que escriba algo al respecto supere los mismos problemas de crítica que supera cualquier investigador de la antigüedad cuando imputa un determinado tipo de cerámica a una cronología concreta. Todo lo que no se ajuste a ello puede ser divertido; pero, en cualquier caso, quizá no merezca el mismo tipo de respeto como afirmación acerca de lo que fue el mundo.

ALFONSO LÓPEZ BORGÑOZ